

La
conquista
del
ESPACIO

ENEMIGOS OCULTOS

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Ella enarcó una ceja, interrogadoramente. Al principio no sabía a qué se refería su hermano, pero como un relámpago algo penetra en su mente y ahogó un grito de alegría, conteniéndose con dificultad. No quería equivocarse.

ENEMIGOS OCULTOS

A. THORKENT

CAPÍTULO PRIMERO

A Brenda le dio la noticia Mike, cuando estaba en la cocina terminando de colocar la vajilla recién lavada en el estante.

Aún jadeante, Mike logró articular ante la impaciencia de Brenda:

—Han llegado...

Ella enarcó una ceja, interrogadoramente. Al principio no sabía a qué se refería su hermano, pero como un relámpago algo penetra en su mente y ahogó un grito de alegría, conteniéndose con dificultad. No quería equivocarse.

Mike la tomó por los hombros, soltó una carcajada y dijo:

—Sí, es cierto; han llegado. Bueno, lo harán dentro de poco: Al parecer descenderán en la llanura, en los sembrados... ¡Pero qué importa que destrocen parte de la cosecha!

—Parece increíble —logró musitar la muchacha.

—Sí, pero es cierto —repitió Mike. Le deshizo el lazo del delantal—. Vamos, deja esto y vayamos corriendo a la aldea.

Brenda se dejó llevar por su hermano; que a empujones la sacó de la casa, conduciéndola hasta donde tenía aparcado el coche. La chica se acomodó dentro y terminó de limpiarse una lágrima que descendía por su mejilla.

—Aún no puedo creerlo, Mike...

—Te creo. Yo de vez en cuando me pellizco. ¿Quién dijo que nunca íbamos a ser visitados?

—Eran tan remotas las probabilidades que alguna vez una nave de la Federación nos encontrase.

—Pero ha sucedido. Han tenido que pasar casi cien años, pero ha ocurrido al fin.

Mike conducía el coche todo terreno por la polvorienta carretera. A ambos lados, en las granjas vecinas, sus dueños también saltaban y corrían hacia sus coches, dispuestos a unirse a ellos en dirección al pueblo. Mike les gritaba y era correspondido con las mismas muestras de alborozo.

—Hoy es un día grande en Ra —gritó.

Enseguida maldijo cuando de la derecha surgió una camioneta llena por una numerosa familia, obligándole a reducir la marcha. Desde la caja, los hijos de los Mortimer agitaban sus sombreros. Brenda oprimió el brazo de su hermano.

—Vamos, hoy nadie debe enfadarse. Debes comprender que ellos están tan impacientes como nosotros. A propósito, ¿se sabe a qué hora descenderá la nave?

—Bueno, el alcalde no ha sido muy explícito. Es posible que no sea hasta el atardecer. ¿De qué te ríes?

—Soy una tonta, Mike. He estado a punto de preguntarte si ya estáis seguros que esa nave es de la Federación.

Mike arrugó el ceño.

—¡Demonios, hermanita! ésa es una buena pregunta. El alcalde no ha dicho que no lo sea. Yo no estaba de guardia cuando se recibió su señal, pero se da por descontado que son humanos.

—¿Es que Redon no estaba de servicio?

Por primera vez la alegría de Mike se esfumó. Su rostro adquirió una profunda seriedad.

—Redon se marchó hace unos días y nadie sabe dónde está. En él tal comportamiento no es raro, ¿no? Ya sabes cómo se comporta a veces. Todos sabemos que es muy extraño. Se marcha al bosque y allí está hasta que se cansa y vuelve al trabajo. ¿Por qué no lo olvidas de una vez?

Brenda agachó la cabeza, aislándose en sus pensamientos. Ni siquiera escuchó los gritos de protesta que lanzaron los Mortimer cuando Mike consiguió adelantar al cargado camión.

Hacía ya casi diez años que la aparición en Ra de Redon hizo concebir vanas esperanzas a la población. Entonces todos pensaron que el aislamiento que ya casi duraba un siglo iba a concluir. Pero Redon había destrozado su pequeña nave al aterrizar, consiguiendo apenas salir de ella cuando se deslizaba por la ladera del monte Azul, yendo a sumergirse en las profundas aguas del lago.

Los raíanos tuvieron que conformarse con la versión que Redon, parcamente, les dio. Entonces Brenda sólo tenía once años y desde el primer momento se sintió fascinada por la presencia gallarda y apuesta del misterioso joven que aparentaba tener unos veinte años.

Inicialmente, los nativos de Ra acogieron a Redon con cierto recelo, porque sus conocimientos del idioma galacto eran escasos. Redon dijo que pertenecía a una colonia situada en un lejano sistema solar, que la nave que conducía se averió y surgió al espacio normal sin saber cuál era su posición. La proximidad de Ra le impulsó a aterrizar cuando detectó que en él había vida humana. De sus escasos conocimientos del galacto se defendió diciendo que la colonia a la cual pertenecía usaba un idioma distinto al oficial de la Federación, que era mucho más antigua que la de Ra y que tampoco mantenía contacto frecuente con la Tierra, cosa que a ellos no les importaba demasiado.

A Redon no pareció preocuparle demasiado el hecho que Ra sí estuviera aislada desde hacía un siglo y que no disponían de medios para facilitarle el regreso a su lejano hogar. Aceptó serenamente tener que quedarse allí, tal vez para siempre.

Cuando las autoridades de la colonia le sugirieron que podría intentarse el salvamento de su nave hundida, Redon recomendó que no se hiciera, alegando que al descender

había padecido filtraciones radiactivas y que era peligroso acercarse a ella. Además, la enorme profundidad del lago no entusiasmaba a los posibles voluntarios en el rescate.

Entonces Brenda no lo supo, pero se enteró años más tarde que las autoridades sometieron a Redon, durante bastante tiempo, a una estrecha vigilancia. Desconfiaban de él.

Pero con el transcurso de los años, Redon consiguió integrarse en aquella sociedad agrícola, descendiente de un grupo de colonos que un día, un siglo atrás, tuvo que arribar al planeta, interrumpiendo su viaje hacia otro mundo donde era espetado. La enorme nave quedó averiada seriamente, sin posibilidad de ser reparada; y los medios de comunicación eran deficientes, incapaces de salvar la enorme distancia que los separaba del mundo habitado más próximo.

Y desde entonces los colonos vivieron con la esperanza de reanudar algún día otra vez el contacto con sus compatriotas, saber qué pasaba en la Federación. No es que estuviesen mal en Ra, sino todo lo contrario. Habían sido muy afortunados al descender en un mundo acogedor, casi una réplica exacta a su mundo en donde la tierra era fértil y tenían, alimentos sobrados. Pero no dejaban de añorar el viejo hogar de donde un día salieron. Aunque no pensaba ningún raiano abandonar aquel planeta, sí ansiaban que contactar con sus semejantes era imprescindible, al menos lo sería en un plazo de pocos años.

A pesar que podían reparar sus máquinas de labranza y vehículos, cuidaban de la educación de los jóvenes y la medicina y sanidad eran adecuadas; los líderes pensaban que no podían estancarse para siempre, dejar de recibir información y ampliar sus conocimientos científicos.

Lo peor de todo es que Ra disponía de escasas reservas de mineral de hierro, petróleo y uranio. Todavía los generadores atómicos podrían funcionar por unos años más. Al mismo tiempo, usaban cada vez con más intensidad la

energía solar. Pero no podrían construir naves espaciales, al menos no hasta dentro de dos o tres siglos.

Las fundiciones que habían logrado poner en funcionamiento eran de escaso rendimiento y casi todas estaban dedicadas a la fabricación de aperos de labranza, utensilios más importantes por el momento para subsistir.

Sencillamente, los raíanos querían seguir en Ra y prosperar allí, pero precisaban el intercambio con otros mundos. Ellos tenían abundancia de alimento, que incluso podrían sintetizar y comprimir. Otros mundos de la Federación estaban pasando hambre desde hacía mucho, desde antes que ellos partieran a las estrellas desde la superpoblada Tierra. A cambio de lo que disponían en exceso podrían obtener manufacturas de las que escaseaban, e incluso algunos lujos.

La producción de tractores y vehículos era escasa, apenas si podían surtir las fábricas toda la demanda, que iba en constante aumento.

A todos estos problemas le echó un vistazo Brenda mientras Mike conducía como loco el coche, alejándose cada vez más del camión de los Mortimer.

Pero en cada pensamiento concerniente a la vida en Ra, Redon surgía arrollador en la mente de Brenda.

Redon se hizo pronto amigo de Mike, que sólo parecía tener unos pocos años menos que el extraño llegado de las estrellas. Y ella asistía a sus conversaciones en silencio, sosteniendo aún las muñecas en el regazo. El amor infantil no disminuyó con el paso de los años, sino que, por el contrario, aumentó, hasta que Brenda llegó a ser mujer.

Por supuesto que Brenda se había insinuado a Redon en varias ocasiones, al mismo tiempo que rechazaba las pretensiones de los jóvenes que la deseaban. Pero Redon no sólo era un tipo extraño en la concierne a su aparición en Ra, sino que también su comportamiento era poco normal. Aunque nunca nadie tuvo que protestar por su actitud, a todo el mundo sorprendía que apenas tuviese amigos, si

se exceptuaba a Mike y otros pocos más. De vez en cuando desaparecía de la ciudad y se internaba en el bosque. Allí permanecía algunos días, hasta que regresaba otra vez a cumplir con su trabajo. Sus jefes ya estaban acostumbrados a tales desapariciones y lo tomaban resignadamente.

De no ser porque nadie en Ra como Redon conocía los secretos de la comunicación, que desgraciadamente se estaba olvidando entre las personas más cualificadas, el viejo Juan, jefe de la ajada estación de radio, le habría despedido con cajas destempladas.

Fue Redon quien tomó los averiados aparatos y los arregló en pocos días, ante el asombro de todo el mundo. Las piezas que no podían ser sustituidas las fabricó él de forma que dejó enmudecido a Juan y sus ayudantes. Al final, Redon arrojó un jarro de agua fría sobre los habitantes de Ra al afirmar:

—Aunque ya funcionan, nunca podremos ponernos en contacto con planetas conocidos. Están demasiado lejos y tardaríamos años en recibir una posible respuesta, y eso en el caso poco probable que pudiéramos contactar con ellos. Necesitaríamos un medio de comunicación instantánea, cosa que no se puede lograr con el material existente.

Entonces hubo de explicar que en su mundo de origen ya se conocía tal medio, que había sido descubierto en la Federación años después que la nave con el grupo de colonos de Ra abandonara la Tierra.

—Empero —añadió, sonriendo y tratando de animar a sus oyentes—, con estos aparatos podremos detectar alguna nave si se aproxima a unos mil millones de kilómetros de Ra, siempre que la cubramos con nuestro cono de rastreo. Pero si se aproxima a unos cien millones la descubriremos, sin lugar a dudas.

El alcalde dijo que era algo y dio las gracias a Redon secamente.

Desde entonces Redon sólo acudía a la estación esporádicamente, cuando le apetecía. Juan llegó a tolerarle y

hasta se hicieron buenos amigos, aunque Redon nunca le dijo lo que hacía cuando se internaba en el bosque. Era un secreto que guardaba celosamente.

Brenda, al principio, pensó que Redon no le hacía caso porque se entendía con otra chica. Pero luego, cuando se aseguró que nadie compartía el lecho de su amado, no supo si tranquilizarse o todo lo contrario. Claro que tampoco nadie podía afirmar que Redon se sintiese atraído hacia los hombres. Sencillamente, el sexo parecía importarle muy poco.

Y aquello, en lugar de hacerle sentir reconfortada, pensando que si no era para ella no lo sería para ninguna otra, le irritaba.

Como Mike era buen amigo de Redon, Brenda quiso saber por medio de su hermano cuáles eran los pensamientos íntimos de Redon. Al principio a Mike no le gustó el cometido y se resistió. Pero ante los ruegos de Brenda interrogó hábilmente a Redon y éste, sonriéndole irónicamente, contestó a casi todas sus preguntas con la mayor sencillez.

Y Mike transmitió a Brenda la siguiente conclusión:

—Hermanita, será mejor que lo olvides. Ese Redon es un tipo magnífico, pero las mujeres le importan un rábano. Claro que tampoco le atraen los hombres, lo cual no sé si es bueno o no. Pero me ha confiado algo que hasta entonces ha tratado de eludir. Digamos que aún no ha alcanzado su plenitud y...

—Pero eso no puede ser —estalló Brenda—. Redon llegó a Ra hace ocho años y ya entonces era un adulto. Ahora debe tener poco más de treinta años, dos o tres menos que tú.

—En apariencia no te equivocas. Pero Redon ha nacido en otro planeta, y es hijo de tercera generación.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Malada, el planeta de donde dice ser nativo, es desconocido para nosotros. Fue colonizado mucho antes que Ra y su evolución, debido a ciertos acondicionamientos, ha

influido en la raza que en él ha vivido. Son distintos. Crecen muy lentamente. Al parecer alcanzan una madurez mucho después que nosotros. No estoy seguro. Al llegar a este punto Redon no parecía estar muy a gusto contándome todo esto y divagó. Ni siquiera el alcalde y los jefes saben nada al respecto. Es algo nuevo.

—¿Es que viven mucho más que nosotros? —preguntó Brenda en un hilo de voz, temiendo que cuando ella fuese una anciana Redon empezase a mirar a las chicas.

—No, tampoco es eso. Su periodo, de vida es alrededor, de los cien años, como nosotros. Si te tranquiliza, Redon me aseguró que sus mujeres sólo alcanzan la pubertad a los veinticinco años, e incluso a los treinta. Si tanto te gusta debes tener un poco de paciencia. Tal vez no falte mucho para que él se sienta atraído por ti.

Brenda siguió viendo a Redon esporádicamente, después de esforzarse durante casi un año por apartarlo de su pensamiento. Sus amigas se reían a sus espaldas, divertidas porque aún no había tenido ninguna aventura amorosa con alguno de sus numerosos pretendientes, mientras que todas ya eran expertas en la materia. Algunas hasta llegaron a firmar contrato y se fueron a vivir con el hombre de sus preferencias, formando un hogar para llenarlo de hijos.

Siempre que se sintió tentada ante las demandas amorosas de algún amigo, que no se resignaba a desistir ante su aparente frialdad, Brenda recordaba las palabras de Mike ilusionándose con que algún día Redon terminase por fijarse en ella.

Mike hacía apenas un año que había vuelto a la granja, a vivir otra vez con Brenda. Se había divorciado y como no habían tenido hijos no tenía ninguna atadura. De todas formas había recomendado a Brenda que debía buscarse un compañero, que olvidase definitivamente a Redon como ya lo habían hecho todas las Chicas que se sintieron fascinadas con su aureola de ser procedente de las estrellas, de héroe de filme.

A pesar del tiempo transcurrido aún persistían dos hechos que obligaban a los habitantes de Ra a no olvidar que Redon seguía Siendo algo extraño en medio de la comunidad. Aunque podía considerarse como un hecho no excesivamente anormal, Redon seguía mostrando el mismo aspecto que el primer día que surgió en los alrededores del lago donde se hundió su nave, que nadie llegó a ver nunca. Seguía aparentando apenas veinte años.

El segundo hecho fue que Redon comenzó a demostrar desde el primer momento que poseía dotes paranormales. No eran profundas, pero algunas veces parecía estar leyendo el pensamiento de su interlocutor, anticipándose a sus preguntas, dando respuestas que aún se le había solicitado.

También tenía la extraña costumbre de personarse en los lugares donde estaba siendo requerido o se le mencionaba con insistencia. Ante los posteriores interrogatorios de los jefes de la comunidad, Redon admitió que en su planeta era normal que todos los habitantes fuesen un poco telépatas. Y reconoció que él era uno de los menos aptos.

Brenda parpadeó. La carretera ya no era tan polvorienta, a medida que se acercaban a la ciudad. Ahora estaba densamente concurrida por vehículos dispares, desde tractores, pasando por camiones, hasta turismos conducidos por chillones jóvenes que animaban a los que se rezagaban por no poder ir más deprisa.

—Será un gran día —dijo Mike, terminando de sacar a Brenda de sus pensamientos.

—Deberían haber buscado a Redon cuando se descubrió la nave:

—¿Dónde? Nadie sabe en qué parte se mete cuando le da la manía de desaparecer. Hace casi un mes que no le veo. ¿Cuándo fue la última vez que tuvo la amabilidad de visitarnos?

Mentalmente, Brenda respondió que fue hace seis meses cuando Redon estuvo en la granja. Fue invitado por los hermanos a comer, pero al llegar la noche no permitió que-

darse allí, pese a los insistentes ruegos de Brenda, En el portal, al despedirse, la tomó de las manos y dijo suavemente, mientras Mike iba en busca del coche para llevarle a la ciudad:

—Brenda, me siento feliz en tu presencia. Me hubiera gustado quedarme, pero mañana debo estar en la estación a primera hora. Existe una anomalía en un captador, que no me gusta. Y creo que está registrando una zona del espacio muy importante. No quiero que falle dentro de medio año, ¿sabes? Si estuviera seguro cuando fuera a suceder...

Aquellas palabras dejaron intrigada a Brenda. No pudo preguntar nada porque Mike regresó con el coche, gritando a Redon para que se diese prisa. Brenda sólo sintió un apretón de manos y una sonrisa cariñosa, pero más tarde, a solas, recordó que algo extraño había penetrado en su mente. Era como un suave contacto que trató de infundirle aliento.

Brenda arrugó el ceño. ¿Por qué, había llegado a su mente aquella escena con tanta nitidez, precisamente aquel día? Había sucedido hacía seis meses y nunca hasta entonces la recordó como si la estuviese viviendo.

Las palabras de Redon fueron enigmáticas entonces. Pero ahora cobraban cierto significado.

Redon sabía que algo iba a ocurrir medio año más tarde.

Estaba ocurriendo entonces.

Miró a su hermano, que conducía alegre, sólo pensando en los saludos de los conocidos que pasaban raudos a su lado. La ciudad ya estaba a la vista. Acudían desde todas partes hacia ella.

Al otro lado de la urbe estaba la llanura donde se esperaba la llegada de la nave.

Y en dirección contraria, donde los grandes bosques discurrían hasta las colinas, se suponía que Redon se había refugiado en la soledad.

Las colinas, Redon, el lago donde se había perdido la nave que lo trajo a Ra desde el espacio, procedente de Malada, el planeta que nadie conocía entre todos los colonos, ni siquiera entre los escasos supervivientes de la llegada ocurrida un siglo atrás.

CAPÍTULO II

A la izquierda, a cinco kilómetros de distancia de la torre de comunicaciones, estaban los restos de la primera nave que arribó a Ra.

El alcalde Blake los estaba viendo a través de los potentes binoculares. Sólo, quedaba parte del casco. Lo demás había sido desmantelado porque el metal era algo muy apreciado en Ra debido a su escasez.

En varias ocasiones sus ayudantes, los representantes de las zonas y aldeas, habíanle propuesto que allí debía alzarse un monumento que recordase a la posteridad el lugar donde comenzó la colonización un Ra.

Pero siempre había muchas cosas que hacer y el proyecto no pasó de las palabras. Apenas se llegó a esbozar algún que otro boceto en un papel. Un artista hizo un dibujo muy bonito. Quería levantar algo hermoso, de hormigón y piedra de granito, hasta una altura de doscientos metros, una especie de obelisco que recordase las formas de la nave desmantelada, cuyos restos estaban terminando de oxidarse, aquellos constituidos por material no aprovechable.

Blake guardaba en algún cajón de su despacho aquel dibujo. Le había gustado y prometió al proyectista que si algún día la colonia podía permitirse el lujo de perder tiempo y trabajo en algo que sólo sería agradecido por las generaciones venideras, le agradecería que lo que levantasen se pareciera a su idea.

Fue la único que se le ocurrió para contentar al ilusionado hombre, que no cabía en sí de gozo.